

de la plebe. ¿Era posible hacer caminar de frente una sedición violenta y una constitucion libre?

Como la plebe entiende por libertad el no pagar nada, se abisma todavía mas la hacienda. Para mantener á un pueblo entero armado habia sido necesario vaciar las arcas públicas; habíase rebajado el precio de la sal, miéntras el Tesoro perdía tambien otras rentas; era preciso contraer un empréstito de 80.000.000 de francos, pero no se halló á nadie que tuviese bastante confianza en el gobierno para prestarlos; cuando Necker propuso el impuesto de una cuarta parte de las rentas, esta proposicion pareció una trama, y solo Mirabeau, aunque enemigo del ministro, la hizo aprobar.

Era natural que se deseara sacar á la corte de una pequeña ciudad, donde no estaba rodeada sino de sus servidores, para trasladarla al medio del pueblo, á aquellas Tullerías deshabitadas hacía un siglo. Una sublevacion de mujeres, verdaderas ó fingidas (5 de octubre de 1789), sublevacion enteramente extraña á las santas ideas de patria y de libertad, penetró en las casas consistoriales, desde donde desfiló para Versalles. La Fayette, llevado allá contra su voluntad por la guardia nacional, llegó á tiempo para salvar á la corte; el regio alcázar fué invadido, no sin sangre, y el rey prometió trasladarse á París. Trasládóse, en efecto, precedido de la chusma vencedora que llevaba clavadas en picas sangrientas cabezas (1), y de mujerzuelas que iban dando gritos; y al llegar al palacio de la municipalidad, dijo temblando: « Vuelvo confiado al seno de mi pueblo de » Paris. »

## CAPÍTULO II

Mirabeau y Barnave. — Primera Constitución.

Viendo en qué habian venido á parar aquellos sublimes sacudimientos, cómo se habia convertido el pueblo de la libertad en pueblo de la anarquía, y que ya la sociedad civil no era impulsada en el sentido del progreso, sino que habia entrado en furor contra la sociedad de familia y de nobleza, hicieron dimision muchos diputados, y muchos nobles emigraron pensando en una contrarrevolucion; pero el rey, abandonado por estos, estaba sostenido por los propietarios que lo creían necesario para su seguridad. Mirabeau, en el cual puede decirse que estaba personificada la primera Asamblea, si al principio habia dado impulso á los movimientos de las plazas y pretendido que se participasen al pueblo las deliberaciones de la Asamblea, sin consideracion á los pretextos de decencia ó buen ór-

(1) Luis Blanc truena contra los calumniadores del buen pueblo que refieren este hecho atroz, y al mismo tiempo refiere que se habian llevado allí las cabezas desde por la mañana.

den que pudieran alegarse en contra (1), comenzó ya á invocar el orden contra los sediciosos, y elogió á Luis con un sentimiento respetuoso de piedad, como un rey que solo se extraviaba cuando lo engañaban sus ministros (2). Despreciando á los hombres, no procuró jamas inspirar afecto, sino terror y admiracion; no quiso conquistar la opinion pública, sino imponer la suya á fuerza de raptos de cólera, de sarcasmos, de paradojas. Alabó al rey con el acento de un tribuno; detestaba los movimientos populares y el tumulto de que él no era causa; quiso ponerse á la cabeza del Estado, pero sin corregir sus propios desórdenes; odiaba á los reyes, pero temia la república como contraria á su corrupcion de costumbres, y con sus ademanes soberbios sabía dar un aspecto heróico á las bajezas. Comparándose continuamente con los hombres célebres de la antigüedad, se puso á la altura de estos en la imaginacion popular: tenia fanatismo, pero enteramente humano; conciencia, pero toda de cabeza; aspiracion, pero absolutamente material. El orgullo y el egoísmo formaban el fondo de sus acciones: á pesar de ser representante de los plebeyos, no quiso nunca desprenderse del título de conde, y aprovechó todas las ocasiones de recordar su estirpe y su parentela; sostuvo en la tribuna la igualdad, pero no tuvo ni las virtudes ni la energía moral necesarias para amarla; se elevó entre todos y sobre todos los partidos, pero todos lo detestaban porque los dominaba; todos anhelaban contarle por suyo, porque podia arruinarlos ó servirlos, y él, sin entregarse á ninguno, negociaba con todos.

Alimentaba su vanidad con las gratas acogidas que secretamente tenia en palacio, miéntras adquiría popularidad con su seductora palabra; y aparentando que despreciaba el poder, ebrio de elocuencia, creía que la palabra puede calmar como puede conmovér, y se lisonjaba con que reconstruiría el edificio monárquico derribado por él mismo. Con este intento, para personificar las conmociones, buscó un pretendiente; pero Orleans, á quien se atribuyeron tantas culpas, era quizá demasiado patriota para Mirabeau que lo queria conspirador; acaso preferia al título de rey el de primer ciudadano de una república, por lo cual Mirabeau viendo que no podia persuadirlo á que diese un paso decisivo, exclamó: « ¡Vil! tiene la codicia del delito, » pero le falta la fuerza. »

Orleans salió de Francia acompañado del odio público; y Mirabeau, como todos los que se abandonan á la corriente de la Revolución, creía poder volverse atrás con igual facilidad, sin advertir que la fuerza que le enardecía no estaba en él, sino en la corriente que lo arrastraba. Trató con La Fayette de alcanzar el poder para ambos, y queriendo este salvar á la reina, dijo Mirabeau: « Bueno, que viva. Una reina

(1) III<sup>e</sup> lettre du c. de Mirabeau à ses commettants.  
(2) *Moniteur*, séance du 27 juin 1789.

humillada puede ser buena para cualquier cosa: degollada solo sirve para argumento de una tragedia. » Este atroz sarcasmo llegó á oídos de María Antonieta, la cual tuvo que disimularlo, pero pudo leer en él desde entónces el destino que le estaba reservado. Así, cuando Mirabeau ofreció su apoyo al rey, la reina no podía sufrir á aquel hombre, no queriendo sacrificar sus rencores, como habia sacrificado sus afectos, pareciéndole exceso de humillacion soportar como auxiliar á aquel á quien se habia temido como enemigo, y convencida de que hombres semejantes se imponen como amos cuando parece que se ofrecen como instrumentos. Entónces Mirabeau juró castigar á la que tenia la imprudencia de desdeñarle, y volvió á ponerse á la cabeza de los movimientos populares que ántes habia reprimido. Luis tuvo, pues, que resignarse á comprarlo, y le dió 600.000 francos y ademas una pension de 50.000 al mes (1).

No por eso hizo traicion Mirabeau á la causa nacional, siendo sus miras todavía salvar la monarquía. Manifestó al rey que la única salvacion era asociarse lealmente al progreso y moderarlo poniéndose á su cabeza. Por su consejo el rey se declaró amigo de la nueva constitucion, manifestando que las instituciones en ella consignadas eran las mismas que él habia deseado é intentado establecer, y que prepararia el corazon de su hijo para el nuevo orden de cosas. Aquel día fué Luis aplaudido de nuevo; pero otra cosa quedaba en su corazon, y luego que hubo jurado la constitucion y regresado á su palacio, se dejó caer llorando en una silla, y diciendo á María Antonieta que no estaba ménos desconsolada: « Todo se ha perdido: ¡ah, señora! » ¡y habéis sido testigo de tanta humillacion! » ¡y estabais destinada á venir á Francia para ver.... »

Mas aunque Mirabeau dominaba las tribunas de los espectadores, no tenia partidarios entre los diputados; éranle contrarios tanto los amigos de la antigua monarquía como los precursores de la república. Sus enemigos intentaron arruinarlo con persecuciones judiciales y despues con desafíos que nunca quiso admitir, y es de notar que las bravatas de estos hombres viles no le atrajeron la nota de cobarde (2). « Nada hay, decia, que mas abunde que los espadañines; pero no vale la pena de arriesgar mi buena cabeza por el gusto de romper una » cabeza destornillada. »

(1) Las pruebas y pormenores se hallarán en nuestras *Biografías*.

(2) Este medio de desembarazarse de las personas mas temidas fué con mucha frecuencia adoptado miéntras duró la Asamblea, tanto que se hizo una proposicion para que fuesen considerados como asesinos los provocadores. Barnave, que mas de una vez se habia visto precisado á renir en duelo, dijo en la tribuna: « El verdadero medio de evitar las venganzas personales y de quitar de las manos de los ciudadanos las armas que dirigen unos contra otros, es armar la ley contra ellos. Castíguense las injurias y pronto se cesará de injuriar. »

La envidia, que siempre dirige sus tiros á la parte mas noble y hermosa, lo atacó como orador. Se dijo y se escribió entónces que sus discursos estaban compuestos por otros, como si fuese plagiarlo quien compra de otro el carbon al cual él solo sabe aplicar la mecha, y como si su poder no consistiese mas y principalmente en la palabra que en el escrito. Cuando se le atacaba en su vida anterior, bajaba la cabeza como quien sabe que ha merecido el ataque, y se lamentaba de que sus culpas impidieran que se uniesen á él los hombres mas esclarecidos de la Revolución. Ya desde el principio habia dicho: « ¡Cuánto mal está causando á Francia » la inmoralidad de mi pasada juventud! » Y luego al fin dijo: « ¡Ah! si yo me hubiese presentado en la Revolución con una reputacion » semejante á la de Malesherbes, ¡qué suerte » habria asegurado para mi patria! » Ténganlo entendido los teóricos que creen que basta á un hombre de Estado un poco de astucia y un poco de osadía, y se rien cuando se habla de la moral.

De todas sus faltas formaban sus enemigos una base para elevar sobre ella á Pedro Barnave. Este, que á la edad de veintisiete años habia sido enviado á la Asamblea como diputado por Grenoble, en breve se hizo notar entre los mas ardientes y enemigos de la corte. Las instituciones liberales que habia estudiado en la constitucion inglesa habian embriago su mente, y su celo, llevado al exceso, su elocucion elegante y fácil, su oposicion constante, su espíritu vivo, su imaginacion ardiente, su reputacion inmaculada, fueron para él auxiliares tan poderosos que lo pusieron al nivel de Mirabeau. Sin embargo, era un talento mediano, sin inspiraciones ni elevacion, fecundo sin calor, de corazon recto, pero de voluntad vacilante, y como todas las medianías pretendia rivalizar con los grandes hombres traspasando los límites de la razon. Por buscar popularidad se excedió hasta el punto de proferir palabras y ejecutar actos contrarios á sus sentimientos y á la causa en cuyo favor combatía, y con Lameth y Duport formó un triunvirato interesante por su juventud, y en breve influyente por su accion, y que tendía directamente y sin saberlo ellos mismos á derribar la monarquía. Sostenido por el voto del pueblo, quiso asegurárselo exagerando sus ideas y apoyándose en los clubs, organizados en toda Francia por su amigo Duport. Con este objeto hizo decretar la estabilidad de las municipalidades, la organizacion de la guardia nacional, la declaracion de los derechos del hombre, la jurisdiccion extraordinaria para los delitos políticos, la desamortizacion eclesiástica, la igualdad de derechos civiles entre los protestantes, Judíos y Católicos, y ademas (y este fué el último golpe dado á la monarquía obtuvo que los decretos de la Asamblea tuviesen fuerza de ley sin la sancion real, y que en el juramento civil no se exigiese fidelidad al rey, bajo el pretexto de que el rey formaba par-

te integrante de la constitucion. Mirabeau, viendo que este jóven se le habia adelantado, le cobró aborrecimiento y decia: « Los retóricos hablan para las veinticuatro horas en que viven; los hombres de Estado hablan para el porvenir. »

El 14 de julio de 1790, aniversario de la toma de la Bastilla, se celebró la fiesta de la federacion con la alegría y el buen gusto franceses. La guardia nacional y los diputados de toda Francia se reunieron en el improvisado Campo de Marte (D), y varios extranjeros, á nombre del género humano, solicitaron el permiso de tomar parte en la funcion, « para poder comunicar despues á sus compatriotas el júbilo de la libertad. » Vióse allí la imágen de Cristo sobre el altar de la patria, á Luis jurando con la nacion, y á la nacion aplaudiendo hasta á María Antonieta, la cual conmovida mostraba al público el delfin. Aquel entusiasmo de concordia se difundió por toda Francia, gritándose en todas partes: *Viva la patria, viva el rey*; pero al dia siguiente debian volver las sospechas, los rencores y muy luego la matanza.

La corte, no sabiendo acomodar sus pasos á la nueva senda por la cual caminaba, dejaba traslucir su mal humor contra los liberales, ó daba oídos á las esperanzas trastornadoras del clero y de los nobles; estos en inteligencia con los extranjeros, aquel esperando excitar el sentimiento religioso en los contemporáneos de Voltaire; todos creyendo en el poder de la intriga mas que en el de la opinion. Indiscreta oposicion que envenenaba las pasiones, y alejaba á aquellos que sinceramente habrian querido auxiliar al rey.

Habíase trasladado la Asamblea á Paris, y celebraba sus sesiones en un largo y desmantelado salon de negocios cerca de las Tullerías. Entre los asientos de los diputados del pueblo y los de la nobleza se levantaban los del presidente y secretarios, y los primeros subian en forma de anfiteatro hasta la parte mas alta, que se llamaba la *Montaña*, ocupada por los exaltados. Los principales oradores del lado derecho eran el abate Maury y Cazales. El primero habia adquirido renombre con el elogio de San Vicente, y aunque acusado de inmoral, queria ascender á grande altura, siendo muy franco en hablar lo mismo que en ejecutar, abundante en recuerdos históricos, pronto para réplicas picantes, brillante mas que persuasivo, enfático mas que elocuente. Cazales, que habia estudiado mucho á Montesquieu, brillaba con súbitos resplandores en la tribuna, donde pareció sabio y prudente, no obstante su reputacion de atolondrado. Talleyrand-Perigord, á la sazón obispo de Autun, de familia ilustre, hombre que por accidente se habia quedado cojo, y que en vez de tomar las armas habia tenido que vestir la sotana, apoyaba sus censuras mas en sutilezas volterianas que en discursos animosos, queriendo agradar á los que dominaban, y dirigiéndose segun las circunstancias del momento.

Este y otros pocos personajes principales, al verse apurados, entraban en liza é improvisaban sus discursos entre silbidos, aplausos, interrupciones, desafíos y aullidos de espectadores asalariados ó del vulgo atronador de fuera de la sala, al atravesar la cual, cada orador recibia ó una ovacion ó una granizada de improperios; horrenda confusion, en medio de la cual aparecian rasgos de gracejo, de generosidad, de cortesía, de valiente imparcialidad.

Al reunirse la Asamblea, la raza de los conquistadores, presunta poseedora del derecho, acudia á entrar en pactos con la raza conquistada, la cual pretendia que los antepasados de aquella le habian concedido algunos privilegios que entónces queria afianzar y aumentar. Pero al encontrarse reunidos todos, los subyugados conocieron lo que valian, vieron que la palestra en que iban á entrar era engañosa y restricta, y en vez de sacar de la historia el ejemplo de alguna concesion parcial, se remontaron al instante de la conquista, y dijeron á la raza dominadora, á los clérigos, á los nobles, al rey: « Vuestros abuelos nos vencieron, está bien; nos oprimieron, nos esclavizaron, estaban en su derecho; ahora somos nosotros los que queremos conquistarlos. ¿Sois todavía bastante fuertes? Reducidnos de nuevo á la esclavitud. ¿No lo sois? Sufrid entónces la suerte de todo poder caduco; ocupad á vuestro turno la situacion de vencidos, no ya para obedecernos, sino para ser nuestros iguales. »

Aquellas ideas intermedias que todos los hombres abrigan y en las cuales todos convienen, no eran ya del gusto de la generalidad; no se pensaba que la cosa mas sagrada despues de la moral deben ser las costumbres nacionales, ni que el reformar lo que no necesita reforma produce muchos enemigos y poquísimos amigos.

Pusiéronse, pues, de nuevo á discusion los principios mas admitidos: cada discurso era un tratado de derecho público que se remontaba siempre hasta Adán, pretendiéndose que el derecho histórico que habia dominado hasta entónces dejase su lugar al derecho filosófico desembarazado de todo obstáculo de preocupaciones, usucapion ó costumbres. La Asamblea, fuerte por su número, por su doctrina, por su energía, uniendo lo mejor y mas aceptable entre lo que ofrecian la teoría, la práctica, las luces, la generosidad, trataba y resolvía toda clase de cuestiones; discutía la constitucion, pero en tono dogmático; examinaba las condiciones sociales segun el principio abstracto, no segun la aplicacion tradicional indicada por la razon; no se limitaba á negar, sino que afirmaba tambien y constituía llevando puesta la mira en la realizacion del gigantesco proyecto de regenerar en todas sus partes el Estado. Procediendo por deducciones lógicas, se sostuvo, pues, que las corporaciones no podian poseer legitimamente y que se podia privarles del derecho de heredar; que la posesion de las tierras era temporal, pa-

diendo la nacion rescatarla cuando la necesitase; que no eran naturales los derechos de testamento y de herencia, sino procedentes de la ley que los daba y los quitaba; en fin, que la confiscacion podia ser aplicada colectivamente por razones políticas.

El gran dogma de la Asamblea nacional era *ex unitate libertas*, y pues que ya no se conservaba ningun respeto á lo pasado, fué un gran consejo el de Sieyès, que propuso la supresion de la antigua division de Francia en provincias que tenian diversos privilegios y costumbres, y su nueva division en departamentos sin historia ni recuerdo alguno de derechos: supremo esfuerzo de la centralizacion. Las autoridades municipales recibieron entónces extensos poderes; sustituyéronse á los parlamentos tribunales con jueces de eleccion popular; abolida la venalidad de los empleos, se mejoraron los procedimientos judiciales; se proyectó un código civil uniforme; se hizo desaparecer todo vestigio de nobleza hereditaria; y la libertad del género humano fué proclamada por una chusma de extranjeros, Negros, Siameses y esclavos.

Introducida la uniformidad en la administracion civil y judicial, se quiso introducir tambien en el órden eclesiástico. Filosofía, religion, bien público, igualdad, libertad, se levantaba á una voz contra el clero: los diputados jansenistas que con el espíritu de órden que por do quiera descubre abusos, habian fomentado la Revolucion, quisieron á lo ménos salvar los altares, y Camus, su jefe, con la *Constitucion civil del clero* pensó poner en armonía la religion del Estado con las leyes nuevas. Habiéndose asignado 1,200 francos de sueldo á los párrocos y dispensado de votos á los regulares, dejando sin embargo en los conventos á los que quisieron y dándoles una pensión, los bienes del clero fueron declarados propiedades del Estado, y de ellos se vendieron los bastantes para dar un producto de 400.000.000 de francos (1). Y para que su gran número no envileciese su precio, se obligó á los pueblos á comprarlos con cédulas que despues debian rescatarse, y á las cuales se dió curso como moneda.

Con esto se satisfacian necesidades urgentes y se distribuía la propiedad, ¿pero quedaba tambien satisfecha la justicia (2)? Ocurrió justamente á la conciencia del rey esta consideracion, y para obviarla, quiso pedir la aprobacion de Roma; los interesados echaron mano de la intriga; el clero se negó, principalmente en la

(1) De profecía se calificaron las palabras siguientes del ex-jesuita Beauregard: « Si, vuestros templos, Señor, serán saqueados y destruidos, serán abolidas vuestras fiestas, se blasfemarà de vuestro nombre, se proseribirà vuestro culto. ¿Pero qué oigo, gran Dios, qué veo? A los sagrados cánticos que hacian resonar las santas bóvedas en vuestro honor, suceden canciones líbricas y profanas: y tú, divinidad infame del paganismo, infame Venus, acudes descaradamente á usurpar el puesto del Dios vivo, á sentarte en el trono del Santo de los santos, á recibir el culpable incienso de tus nuevos adoradores. »

Vendée, á dejarse desposeer y á admitir sueldo, por lo cual se pensó en exigir de los eclesiásticos un juramento. Este podia no ser prestado por el que creyera que las nuevas leyes comprometian la religion, pero semejante negativa traía consigo la suspension de funciones y de sueldo. Todos se negaron á jurar, á excepcion de un cura, del obispo de Orleans, del arzobispo de Sens, que era ya ministro, y del obispo de Autun, que queria serlo. Tornó el afecto á la religion cuando esta se vió en peligro, y así nació una nueva division. Montlosier, decia: « No creo que se pueda obligar á los obispos á abandonar sus sillas. Arrojadlos de los palacios, se irán á la cabaña del pobre á quien han alimentado; privados de la cruz de oro, la llevarán de madera, y una cruz de madera fué la que salvó al mundo. » Así las clases elevadas y el clero, piedras de escándalo y de discordia en los pasados tiempos, se regeneraron entónces por la vía del honor y de la persecucion.

Entretanto crecian las necesidades; los asignados perdian parte de su valor; se establecian el papel sellado y el registro; pero los ingresos estaban muy léjos de bastar para los gastos presupuestos (1). Necker, maldecido por los dos partidos, se retiró del ministerio, víctima de la opinion que se habia jactado de dominar; y aunque decia que « no debia hacerse caso de

(1) « ¿A qué está reducida hoy la Francia (decia Maury)? A un triste objeto de piedad para todas las naciones. ¿A qué el palacio solitario de nuestros reyes? ¿A qué el pueblo mas apacible del universo?... Me detengo para contemplar á lo léjos el genio protector de la Francia, arrancar de nuestros anales estas páginas sanguinarias que será preciso ocultar á nuestros descendientes. Todas las propiedades están hoy amenazadas ó no reconocidas; es universal y queda impune el latrocinio, vuestros ciudadanos y vuestros tesoros se hallan dispersos por una general emigracion: á un mismo tiempo se presentan señales de dolor en nuestras provincias; pueblos que se niegan á obedecer los decretos que no lisonjean sus pasiones... Mas diré, se desea tener decretos para mandar cometer delitos en nombre de los representantes de Francia, y de este modo un pueblo que quiere ser libre, se olvida de que no puede haber libertad sin la sumision á las leyes. Ya no hay subordinacion, ni tribunales, ni ejército... ¿Qué digo? un millon y doscientos mil hombres tienen las armas en la mano, sin haber, sin saberse de un solo enemigo. Armados están los que deben pagar los impuestos y desarmados los que deben hacerlos pagar. Las insurrecciones libertan de los tributos á los insurgentes; la fortuna pública es un peligro; las diversas clases de ciudadanos se miran entre sí con turbacion y envidia; las clases inferiores de la sociedad no quieren ya consentir la igualdad en las asambleas primarias á los ciudadanos cuya preeminencia no habia sido nunca disputada. La religion, única cosa que podia volver á los hombres á esa igualdad de principios y de intereses, sin la cual no puede haber espíritu público, ve todo su poder debilitado ó destruido. Han sido aniquiladas todas las antiguas relaciones que ligaban al fuerte con el débil, al rico con el pobre: ya no existe... aquella clientela... que por un continuo cambio de proteccion y de servicios, salvaba á los grandes de la envidia, á los pobres de la abyeccion. »

» Y por último, ¿á qué se verá reducida la Francia lacerada, cubierta de ruinas? Grand: y triste pregunta que sucesivamente se hacen todos los ciudadanos, apenas empiezan á confiarse, en sus intimas conversaciones, sus temerosos presentimientos. Consternados por lo presente, asustados de lo porvenir, buscan con terror una salida á tantas calamidades y no encuentran ninguna: ya no ven estabilidad de condicion ó de fortuna, ni inviolabilidad de asilo; y cuando levantan los ojos al trono, se ven colocados entre la amenaza de tres nuevos desastres: despotismo del gobierno, invasion de los extranjeros, desmembracion de las provincias.

Fiesta de la federacion. 1790.

1789. 12 de octubre.

27 de noviembre.

Division en departamentos. 1790. 15 de enero.

Constitucion civil del clero.

» la opinion, pues que él la habia visto temblar » delante de aquellos mismos á quienes en otro » tiempo habria citado ante su tribunal para » cubrirlos de opobio, » todavia creyó conveniente dar pública cuenta de su administracion (1).

4791. Siguiéndose el impulso que habia movido á disminuir la autoridad real, se cercenó la dotacion de la real casa. ¿Debia dejarse al rey el derecho de guerra y paz? Este problema habia sido resuelto naturalmente por Inglaterra, pues que allí se habia conocido que si las cámaras debian votar los impuestos, en sus manos estaba el consentir ó no la guerra. Pero Barnave con la idea de la posibilidad de la paz universal, y en el supuesto de que los reyes eran batalladores, votó que se despojase á la corona de aquella prerogativa. Maury apoyó este voto con la historia, mostrando la desolacion de Francia; pero Mirabeau salió á la defensa de la facultad régia, y aunque los jacobinos trataron de hundir á este campeón y aunque el pueblo lo acusó de traicion, lo llamó Catilina, lo maldijo y lo tuvo por cómplice de Orleans que habia emigrado, él opuso á esta tempestad una obra maestra de elocuencia (2), y obtuvo

(1) Sur l'administration de M. Necker, 1791.

(2) Son aplicables á los facciosos de todos tiempos las sublimes palabras de aquel exordio. « Las amistosas discusiones » valen mas para entenderse que las insinuaciones calumniosas, las inculpaciones furibundas, los odios de la rivalidad, las maquinaciones de la intriga y de la malevolencia... » Se esparcen voces de perfidia, de desercion, de corrupcion; » se invoca la venganza popular para sostener la tirania de » la opinion; no parece sino que es un delito tener dos opiniones en cuestiones delicadissimas. Extraña mania, deplorable ceguedad es esta que irrita uno contra otro á hombres » que aun en medio de las contiendas mas encarnizadas » deberian estar siempre unidos para un mismo fin en un » indisoluble sentimiento: hombres que al culto de la patria » sustituyen la irascibilidad del amor propio, y se abandonan » á preocupaciones populares. No hace muchos dias se me » queria llevar en triunfo, y ahora, sin embargo, se grita por » las calles: La gran traicion de Mirabeau.

» No tenia yo necesidad de esta leccion para saber cuán » poco dista el Capitolio de la Roca Tarpeya; pero el hombre » que combate por la razon, por la patria, no se da tan » fácilmente por vencido. El que tiene la conciencia de haber » merecido bien de su pais, y sobre todo de haberle sido útil; » el que no se deja seducir por una vana celebridad; el que » desdena los triunfos de un dia para buscar la verdadera » gloria; el que quiere decir la verdad y hacer el público bien » independientemente de los volubles movimientos de la » opinion popular, ese hombre lleva consigo la recompensa » de sus servicios, el alivio de sus penas, el premio de sus » peligros, y no debe esperar gracia sino del tiempo, juez » incorruptible que á todos hace justicia.

» Ahora bien, aquellos que hace ocho dias pronosticaban » cuál seria mi opinion sin conocerla; aquellos que en » este momento calumnian mi discurso sin haberlo oido, » acúsenme de inventar impotentes idolos cuando se hallan » derribados los antiguos, ó de estar vilmente asalariado » por hombres á quienes no he cesado de combatir; dennuncien como enemigo de la Revolucion á aquel que quizá » no fué para ella inútil, y que aun cuando esta Revolucion » fuese extraña á su gloria, solamente en ella podria encontrar » seguridad; abandonen á los furoros del pueblo engañado » al que hace veinte años está combatiendo toda clase de » opresion, al que habia á los Franceses de libertad, de » constituciones, de resistencia cuando sus viles calumnias » dores chupaban el jugo de la corte y vivian de todas las » preocupaciones dominantes. ¿Qué me importa? Estos golpes » de abajo arriba no me detendrán en mi carrera: yo dire á » los agresores: responded si podéis, calumniad cuanto queráis. »

que se conservase al rey juntamente con la Asamblea el derecho de paz y guerra.

Mirabeau con su talento pronto y flexible, mezcla singular de pasion y de razon, impulsado por la ambicion personal á sostener el trono con venal moderacion, comprendia que nada podria llevarse á cabo entre una plebe sublevada; por lo cual procuraba sofocar el movimiento sobornando á otros ó incitando á la Asamblea á tomar disposiciones contradictorias. Mientras los demas se entretenian en palabreria inútil, él fallaba las cuestiones en tono tal que hacia que se le creyese el único conocedor de la situacion; hablaba sobre todo con portentosa actividad; entraba en todas las comisiones; sostenia correspondencia, intrigaba hasta que le abandonaban las fuerzas; ahogaba la verdad entre un soberbio desden y una ironía insultante; mostraba la violencia de tribuno, no las consideraciones de legislador; pero su impetuosidad era artificio, y de este modo sugirió ideas oportunas é hizo esfuerzos para reprimir el excesivo impulso dado á la reforma. Cuando la Asamblea se manifestaba fatigada ó asustada, bastaba para hacerle recobrar todo su fervor el grito disonante y sublime de Mirabeau, y una sacudida de aquel estilo suyo propio, que requiere la expresion de la palabra y que no se puede pintar en el escrito. Á los unos seducia con halagos, á los otros asustaba con el sarcasmo; insultando complacia, porque las turbas consideran como hombre superior al que desafia sus furoros. La superioridad de Mirabeau le inspiraba un aire de familiaridad, hallárase al lado de quien se hallase, la cual hacia que se tuviese por amigo ó cómplice suyo á la persona con quien se le veía. Á veces se revelaba su poder por medio de breves palabras que bastaban para decidir de la conducta de un partido. La Fayette tiene un ejército, decia, pero yo tengo mi cabeza. Nadie mejor que él sabia apreciar la importancia de los hombres y de las cosas. Ora decia de Sieyès: *Es un metafísico que viaja por un mapamundi*; ora de Robespierre: *este adelantará mucho porque cree lo que dice*; ya exclamaba: *la corte tiene hambriento al pueblo: ¡traicion! El pueblo le venderá la constitucion por pan; ó ya: hay muchos Anibales, pero se necesita un Fabio.*

La Asamblea nacional comenzó una vez un mensaje al rey con estas palabras: *La Asamblea pone á los piés de V. M. un ofrecimiento...*; pero Mirabeau dijo: *La majestad no tiene piés*, é hizo borrar aquella fórmula de abyeccion. Otra vez la misma Asamblea quiso decir que estaba embriagada de la gloria de su rey, y Mirabeau exclamó: *¡Gentes que hacen leyes y se confiesan embriagados!* El rey ofreció su plata y su vajilla para las necesidades del Estado, y viendo Mirabeau el escozor que este ofrecimiento habia causado en la derecha de la Asamblea, dijo: *No soy tan sensible que vaya á compadecerme de los cacharros de los grandes.* En cambio, cuando se quiso borrar la frase *por la*

gracia de Dios, dijo: *Esa frase es un homenaje á la Divinidad, homenaje que todos los pueblos del mundo deben pagar.* Cuando se discutió la ley contra los emigrados, la combatió como tiránica é injusta, y viendo la desaprobacion pública, exclamó: « La popularidad que deseo » es una débil caña, pero quiero clavarla en el » corazon; y añadió: si aprobáis la ley de la » emigracion, juro desobedeceros. »

Tachábase su elocuencia de mal gusto, y á él se le acusaba de ser demasiado aficionado á valerse de frases poco comunes, cayendo en el neologismo y usando locuciones extrañas y triviales. Pero era fuerte, y de los fuertes es el mundo en tiempos turbulentos. Elocuencia semejante era, no para leida, sino para oída cuando entre el bullicio de las tribunas, que aumenta el vigor de una voz poderosa, entre los silbidos y aullidos de muerte erguia su cabeza como un tigre, amenazando é insultando con su feroz mirada á la Asamblea y con el puño cerrado, los brazos rígidos, erizada la melena, lanzaba una avalancha de palabras descabelladas, vulgares, sarcásticas, sublimes, y sofocaba á los contrarios con la hiel de su sardónica sonrisa y con la espuma de su cólera (1).

(1) « Bonito era su desprecio, graciosa era su sonrisa; pero era sublime su cólera. Aun cuando se hubiese llegado á irritarle; aun cuando le hubiesen clavado en el vientre alguno de aquellos agudos dardos con cuya herida se abalanzan los oradores y los toros; sí, por ejemplo, estaba en medio de su discurso, todo lo dejaba de contado; dejaba las ideas que habia empezado á desarrollar; poco se le daba que la bóveda de los raciocinios que habia empezado á construir bamboleara detras de él por falta de llave; dejaba las cuestiones de punto en blanco, y se echaba sobre el incidente. En este caso, ¡desdichado del interrumpidor! ¡desdichado del toreador que le hubiese arrojado el venablo! Mirabeau se le echaba encima, le cogia del vientre, le alzaba al aire, le hollaba bajo sus piés; iba, se venia á él, lo destrozaba, lo aplastaba. Con su palabra agarraba al hombre entero, fuese quien fuese; grande ó pequeño, cautivo ó nulo, barro ó polvo. con su vida, su carácter, su ambicion, sus vicios, sus ridiculeces, nada omitia, nada perdonaba, nada dejaba. hacia temblar, hacia reír; cada palabra era una estocada, cada frase una flecha. Tenia la furia en el corazon, terrible y arrogante; verdadera ira de leon. Grande y poderoso orador, era admirable en aquellos actos; ¡Entonces era menester ver cómo alejaba todas las nubes de la discusion! Era menester ver de qué modo su tempestuoso soplo hacia herizarse todas las cabezas de la Asamblea! Cosa singular! Jamas discurría mejor que en medio de sus arrebatos. La mas violenta irritacion, en vez de perturbar su elocuencia con los sacudimientos que le daba, desenvolvía en él una especie de lógica soberbia, y hallaba él argumentos en medio de su furor, cual los hallan otros en las metáforas; ora con sus dientes caninos pusiera su sarcasmo colorada la pálida frente de Robespierre, espantajo desconocido, que, dos años despues, debia tratar las cabezas lo mismo que Focion los discursos; ora masticara airado los duros dilemas del abate Maury para volverle á escupir á su derecha trapos, pestes, medio cubiertas con la espuma de su rabia; ya sea que hundiera las uñas de su silogismo en la frase floja ó mojada del abogado Target, se manifestaba grande y magífico; tenia una especie de majestad formidable, que no perdía su compostura con los saltos mas desmedidos. Quien no haya visto á Mirabeau en estado de ira, no ha visto á Mirabeau, han dicho nuestros padres. Entonces su talento desplegaba todos sus resplandores; la ira le sentaba tan bien como la borrasca al Océano. » Victor Hugo.

Al contrario Droz observa que las frases de enérgimo que se hallan en sus discursos, no eran pronunciadas con impetuosidad; antes bien se dominaba á sí mismo con aquella serenidad que es prueba de la superioridad. « No era su calor vulgar que se manifiesta por medio de los violentos movimientos del orador. Muchas veces decia palabras de amenaza con el tono grave con que se da un consejo saludable. Mayormente era Mirabeau imponente. »

Como presidente de la Asamblea, con su sencillez y claridad ponía en desorden al triunvirato jacobino. Diciendo: *Callen esas treinta voces*, mostró cuán pocos eran los que turbaban las discusiones de la Asamblea, y al mismo tiempo proyectaba los medios de salvar al rey, de preparar su fuga, de destruir una constitucion propia de parlanchines, anárquica y despreciada.

Tambien habia deseado Barnave salvar al rey, pero su rectitud le hacia despreciar demasiado á Mirabeau, y no admitia que pudiese ser necesario prescindir de la bondad del instrumento, con tal que triunfase la idea. Mirabeau veía cuál era la senda de la justicia; mas obligado por la necesidad de rehabilitarse, se dejaba llevar del impulso de pasiones contrarias, sucumbiendo bajo las contradicciones de una naturaleza potente y miserable. Castigado por el bien que hacia mas severamente que por el mal que habia hecho, acusado de sus acciones meritorias mas que de las depravadas, conociendo que no merecia el puesto de mediador, se hacia demagogo, y los silbidos de los moderados lo impulsaron á desertar de sus filas. Habíase pensado elegir en la Asamblea un ministerio fuerte y hábil; pero los monárquicos unidos con los republicanos hicieron que se prohibiese á los diputados aceptar el puesto de ministros. Mirabeau se encontró rechazado del poder que ambicionaba, viéndose inútil al rey, para el cual sostuvo en vano el derecho de nombrar los altos empleados judiciales y administrativos, el de indulto y el de declarar la guerra. Ademas sus extravíos y la envidia le impedían asociarse lealmente á los realistas, no obstante haber dicho: *Combatiré á toda especie de facciosos que quieran atacar la monarquía*, y añadido: *Los Franceses son todos amigos de la libertad; falta hacerlos enemigos de la licencia.* Puesto el trono á nivel de la nacion, soñaba en restauraciones quiméricas y en ese equilibrio ilusorio en las épocas de Revolucion; esta, mas fuerte ya que Mirabeau, no queria contrabalancear los poderes, sino aniquilarlos, y los consejos que aquel daba al rey eran débiles, incoherentes, pueriles, como de una inteligencia desfallecida, y no proporcionados á los grandes peligros que amenazaban, y así fué abandonado por la opinion de quien habia sido ídolo y entonces era víctima.

El orgullo ofendido, el ánsia de venganza, la envidia contra los hombres honrados que conquistaban aplausos, el trabajo intenso, fogosas discusiones que no interrumpian el curso de sus desórdenes, quebraron su salud; y al fin, despues de un dia de lucha parlamentaria y de una noche pasada en brazos del deleite, se sintió acometido de la enfermedad postrera. Vió acercarse sin temor el término de su vida, mientras toda Francia se conmovia al saber el riesgo en que se hallaba aquel hombre, no porque fuese amado, sino porque era necesario. En Paris no se hacia mas que una pregunta:

Muerto de Mirabeau.